

GLOBALIZACIÓN Y DESGLOBALIZACIÓN

El conflicto por el dominio mundial

El entusiasmo y el optimismo que suscitó la globalización, con la cual cerraba el siglo XX, en menos de una década, han cedido el paso al escepticismo y la decepción. Ante esta realidad, los poderes que se resisten al inevitable proceso de desglobalización —ya en marcha— se disponen a patear la mesa para frenarlo, aun a costa de la paz y la seguridad internacional.

La *desglobalización* es el término que definirá los nuevos tiempos. Pero no arruine usted sus ojos buscando infructuosamente esa palabra en el diccionario; los académicos de la lengua castellana, que emplearon largas jornadas para definir *globalización*, no han hecho lo mismo con su antónimo.

América Latina y Karibe y varios de sus acuciosos colaboradores ofrecen en esta edición unos contenidos esclarecedores sobre la desglobalización y los profundos cambios históricos atizados por los poderes fácticos imperiales que, hasta ahora, han regido los destinos de la humanidad en la "aldea global" contemporánea.



La serpiente que se mordió la cola

Francisco Rodríguez



La escalada de conflicto, tensiones y amenazas presentes en el sistema internacional se ponen de manifiesto con la guerra en Ucrania atizada por Estados Unidos y la OTAN; las fricciones en el Mar de la China Meridional que envuelve la injerencia en el asunto de Taiwán; la reciente tensión en Kósovo; la aplicación concertada de medidas coercitivas unilaterales por parte de Estados Unidos, la Unión Europea y otros aliados a un conjunto de países, entre ellos Rusia, Irán, Corea y Venezuela tratados de Estados Paria, Terroristas, cuando no Fallidos; la Guerra Económica desatada al margen de la OMC que ha sido puesta entre la espada y la pared; la competencia por el control del Ártico; la confrontación entre las propuestas de la Ruta de la Seda (2013) y Volver a Construir Un Mundo Mejor (2021); las tensiones en el sistema financiero que ve acercarse el fin de la hegemonía del dólar, y el proyecto Artemisa (2017) que ha reactivado la competencia por el dominio del espacio, la explotación de los recursos allí existentes y hasta la colonización interplanetaria para beneficio de unos pocos.

Ese listado largo e inacabado de conflictos con aristas económicas, políticas y militares corresponde a la lógica de la confrontación en un mundo global que apresuradamente se desglobaliza, evocando la imagen de la serpiente que devora su cola. En un acto de canibalismo, el sistema capitalista habiéndose expandido a escala planetaria y preparándose para continuarla en el espacio ultraterrestre, arremete contra sí mismo, profundizando su crisis y agudizando las contradicciones, al violentar y desconocer reglas fundamentales que servían al poder unipolar que pateando la mesa, amenaza hacer saltar las piezas con todo y el tablero de ajedrez, por los aires.

Los nudos de la globalización

Los supuestos que alimentaron la visión optimista y benéfica de la globalización cuyo término se atribuye al economista T. Levitt (1985), quien describió los nuevos procesos de transnacionalización del capital, encadenamientos y las operaciones de las grandes corporaciones en los mercados internacionales; plantean que la interdependencia creciente, la seguridad jurídica para inversiones y capitales, la liberalización del mercado, la libre competencia y prácticas transparentes de *compliance*, los encadenamientos productivos llevados a delante por las grandes transnacionales traspasando las fronteras de los países con las menos barreras posibles, el impulso a la cultura de *Aldea Global* con la expansión de las comunicaciones, la integración de las corrientes financieras con el dólar como principal moneda de intercambio, la adopción común de paradigmas del conocimiento científico-técnico, la promoción de prácticas y formas políticas e institucionales similares acordes a la democracia liberal; todo en conjunto, tendría al final del camino efectos positivos para todos. Se daba por supuesto que, el crecimiento económico del centro desarrollado se desparramaría como maná caído del cielo a los países en vías de desarrollo, que también recibirían lo propio en la periferia.

Compartían ese postulado las principales economías de los países desarrollados occidentales agrupados en el G-7, cuyos gobiernos celebraron cumbres y conferencias periódicas. Desde allí con apoyo de prestigiosos centros académicos, instituciones con forma de *tanques pensantes* y escenarios como el Foro Económico Mundial de Davos (1971) se pregonaba con euforia el inexorable camino de la globalización con visión neoliberal validada para el resto del mundo. París era una Fiesta podríamos decir evocando el título de una novela de E. Hemingway o Un Mundo Feliz como titulara su conocida obra el escritor A. Huxley. En pocas palabras, la imagen de la civilización occidental se erguía única y sin aparentes fisuras sobre tres pilares comunes como pregonara inicialmente F. Fukuyama en su artículo y luego libro, titulado el Último Hombre y el Fin de la Historia, un mundo global fundado en el libre mercado, la democracia política y los Derechos Humanos.

A esto contribuyó en forma decisiva la caída del Muro de Berlín que marcó un punto de inflexión pues representó para los gobiernos de los países desarrollados, el gran capital financiero y las empresas transnacionales la expectativa prometedora de nuevos mercados y consumidores, el acceso a fuentes de materias primas y el control de áreas de interés estratégico en Europa del Este, África y Asia antes vedadas por el Conflicto Este-Oeste y la influencia en ellas de la URSS que constituía un obstáculo.

También las organizaciones internacionales -como expresión de la ficción de comunidad internacional- encajaron en la lógica de la globalización por la vía de la vocación universal de los fines para los que se constituyeron la ONU, el FMI, el Banco Mundial, la OIT o la OMC y la identificación de una agenda común de problemas internacionales que en medio de la creciente interdependencia podían llegar a constituir amenazas a la paz y seguridad internacional, por lo que se requería del esfuerzo conjunto de la cooperación para la solución de asuntos como el cambio climático y hacer frente común ante el recalentamiento global, la deuda y los problemas del desarrollo, la movilidad humana empujada por la migración laboral, los refugiados y desplazados, las fuentes y suministro de energía, la protección y ejercicio de los derechos humanos y las libertades fundamentales en el mundo o la protección de las inversiones y el fomento del comercio mundial de bienes y servicios entre otros asuntos.

En particular un tema transversal en las agendas de las organizaciones internacionales que aparecía una y otra vez, eran el desarrollo y los problemas asociados con él, a saber: pobreza, alimentación, analfabetismo, salud, seguridad social, vivienda, ocupación laboral, obstáculos al comercio entre otros. En conjunto el enunciado se ha formulado como el derecho al desarrollo, la gran tarea del sistema global, aunque el informe final de Naciones Unidas que hacía como balance de cierre en cada Decenio del Desarrollo terminaba reconociendo que la brecha entre países ricos y pobres se ensanchaba cada vez más y que la cooperación no fluía como debería de parte de la comunidad internacional, por lo que el mundo global avanzaba en medio de notorias y crecientes desigualdades.



El frenazo y atascos de la globalización

La corriente crítica de pensamiento haciendo observación de esas desigualdades crecientes entre centro y periferia formuló tesis alternas como la mundialización de I. Wallerstein, la internacionalización de S. Amin o el neo-imperialismo de A. Borón. Entretanto el FMI sostiene que la globalización, supuestamente al impulsar el crecimiento económico permitiría reducir la pobreza y en un acto de malabarismo doctrinal que lo alejaba del Consenso de Washington, al lado de su alter ego el Banco Mundial incorporaron en sus análisis de factibilidad para acceder a préstamos o bien disponer de los recursos financieros propios, el impacto en el desarrollo.

El Instituto Económico Suizo KOF ha elaborado un índice multidimensional de la globalización concluyendo que, dicho indicador creció rápidamente entre 1990 y 2007; pero a partir de 2015 ha sido lento. En la ralentización del sistema global intervienen varios factores. Comencemos apuntando las políticas de identidad y nacionalismo que impulsaron el Brexit; pero asimismo el ultranacionalismo y las corrientes del neonazismo que han aflorado. También las tensiones internas en la Unión Europea por los costos de la integración y ritmos desiguales de desarrollo entre países como Grecia, Portugal, España por un lado y Alemania, Francia e Italia del otro. Asimismo, la recesión del 2008 que sacudió como no se recordaba desde la Gran Depresión de 1930 al sistema económico mundial y luego en el 2013 poniendo en evidencia las crisis cíclicas del capitalismo. Otro factor fue la Guerra Comercial que iniciara el presidente estadounidense D. Trump bajo la premisa América Primero (2017) y ha continuado el presidente J. Biden para sacar de juego a los competidores chino y ruso. Poco después estalló la guerra de los precios del petróleo entre Rusia y Arabia Saudita (2020) que trajo sobre el tapete la crisis por suministro energético en el mercado global; y apenas saliendo de esa tensión, la declaración de la OMS de la pandemia por Covid 19 que puso de relieve las desigualdades entre los integrantes de la comunidad internacional y la feroz competencia entre las transnacionales farmacéuticas por las vacunas, en medio del pánico mundial. El embate final provino de los conflictos de laboratorio precedidos por un despliegue ofensivo de guerra híbrida en torno a la construcción del gasoducto Nord Stream 2 para cortar los lazos de suministro energético entre Europa y Rusia como proveedor y finalmente la guerra en Ucrania y su impacto en las cadenas de suministro y el comercio mundial.

La ralentización del sistema económico y financiero internacional dio claras señales de una tendencia que finalmente afloró como desglobalización, término por lo demás atribuido al pensador de la corriente crítica W Bello, quien publicara premonitoriamente la obra *Desglobalización, ideas para una nueva economía mundial* (2002).

La clave de la confrontación y las acciones para impulsar la desglobalización aparecieron como resultado de la competencia y confrontación por la configuración geoestratégica del orden mundial entre los dos grandes proyectos antes mencionados: el Cinturón y Rutas mejor conocido como la Ruta de la Seda propuesto por China (2013) contando con la alianza de Rusia y el beneplácito de los países BRICS e implicando el desplazamiento del centro de gravitación geoestratégica del Atlántico al Pacífico; y en la acera del frente, Volver a Construir un Mundo Mejor propuesto a su vez por Estados Unidos en alianza con el G-7 para reafirmar la Alianza Atlántica y el eje geoestratégico del mismo nombre. También juega en este mapa dibujado la conformación de nuevos espacios de integración Sur-Sur con la ASEAN en el sudeste asiático, en Asia del Sur, África del Sur y el ALBA-TCP y CELAC en América Latina y el Caribe que impulsan



una visión multipolar del orden internacional. No en balde el mapa de conflictos e inestabilidad internacional guarda correspondencia con los territorios por donde pasan las vías de comunicación terrestre, marítima y aérea que forman la capilaridad de la Ruta de la Seda y debían establecerse a lo largo del sudeste asiático, el cercano oriente, el este de Europa, la ruta de comercio ártica y oceánica hasta Latinoamérica y el Caribe. A esto debemos sumar las tensiones en el sistema financiero internacional al plantearse el fin de la hegemonía del dólar y el fortalecimiento de otras monedas como el renminbi y el rublo, las cuales apuestan a una nueva arquitectura y reglas en el sistema financiero internacional, incluyendo la paridad monetaria en el oro.

Los datos de desempeño de la economía mundial son negativos en niveles alarmantes y proyectan una recesión a voces no declarada; que se ahonda, utilizando una metáfora propia de la teoría de juegos, en un mundo de egoístas y no colaboradores. Cuestión de fondo que la globalización de signo liberal no ha podido resolver.

La OMC en un estudio reciente proyecta que el PIB mundial crecerá un discreto 2,8% en 2022 y decrecerá a 2,3% en 2023. El FMI por su parte, estimaba para 2020 la deuda externa mundial en 226 billones de dólares que representa el 256% del PIB mundial; en tanto el Instituto de Finanzas Internacionales proyectó la deuda global en 305 billones para el primer trimestre de 2022. La inflación mundial por su parte, para este año alcanzará el 8,8%, decrecerá a 6,5% en 2023 y 4,1% en 2024. En términos de crecimiento, los datos del Banco Mundial y la UNCTAD son desalentadores, de 2,9% en 2022 se proyecta crezca un pírrico 3% y se mantenga para el 2024, por debajo de la inflación estimada. La OIT estimó la caída de los salarios reales en los países del G-20 en un -2,2% en el primer trimestre del 2022, lo que representa el 60% de los trabajadores del mundo afectando su poder adquisitivo. Un informe del BM señala que la meta de reducir a menos del 3% la pobreza mundial para 2030 es hoy inalcanzable y se proyecta que en 2022 entre 75 y 90 millones de personas engrosarán las filas de pobreza extrema en el mundo.

Se habla de un aterrizaje brusco para los países en desarrollo que ya han visto los efectos. Se estima que para cubrir el servicio de la deuda, los países en vías de desarrollo requerirán 310 billones de dólares. Esto se traduce en el financiamiento de los últimos a los países desarrollados. El comercio mundial de mercancías y servicios según los últimos informes de la OMC crecerá en 3,5% en 2022 y luego caerá a 1%.

La encrucijada

El sistema global enfrenta hoy un escenario que avanza a la pérdida de interacción entre las economías del mundo, la creciente adopción de políticas nacionalistas y proteccionistas, la búsqueda de autosuficiencia en los procesos estratégicos y encadenamientos logísticos, la relocalización de inversiones en el extranjero y el redireccionamiento de flujos financieros e inversiones intraregionales, la revaluación de las cadenas de suministro posicionando a Vietnam y Bangladesh, el reforzamiento de las alianzas entre Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea con exclusión de China, Rusia, Irán y Corea caracterizadas como los adversarios, el surgimiento de doctrinas antiglobalistas y de zonas de fricción entre países competidores incrementando el mapa de conflictos y tensión mundiales. No en balde, el fantasma nuclear ha aparecido de nuevo en la narrativa de la política internacional.

La desglobalización en marcha encierra una encrucijada que puede entrañar una trampa y una oportunidad. La patear la mesa bien puede ser la forma de suplantar el sistema internacional global conocido por una arquitectura más centralizada y regulada por un centro unipolar que fortalecería el poder hegemónico sobre el tradicional eje Atlántico. En pocas palabras el espíritu de Bretton Woods remozado. Por el contrario es también la oportunidad como apunta W. Bello de un orden económico mundial que empodere al Sur, en un orden económico mundial de nuevo cuño, multipolar, fundado en valores de justicia, equidad y solidaridad social a los que se subordine la lógica del mercado. Encierra la visión de un sistema descentralizado de poder institucional que quiebre con el espíritu de Bretton Woods y reduzca su poder. En palabras del autor mencionado, “Déjennos poner fin a este proyecto globalista arrogante de convertir al mundo en una unidad sintética de átomos individuales sin cultura o comunidad. Déjennos anunciar en cambio, un internacionalismo que está basado en respetar e incrementar la diversidad de las comunidades humanas y al diversidad de la vida”...

Así podrá avanzar el Sur de los países en desarrollo y los emergentes en asegurar el superar la pobreza y hacer efectivo el ejercicio del Derecho al Desarrollo de los Pueblos transversal a otros derechos humanos y libertades fundamentales económicas, sociales y culturales como la salud, educación, trabajo, seguridad social y democracia que constituyen la condición de dignidad humana.



La globalización capitalista neoliberal unipolar

Camilo Rivero



La *globalización* no es otra cosa que la imposición de un proyecto *civilizatorio* multidimensional e interconectado a escala planetaria (la *aldea global*), como consecuencia del incesante avance del sistema capitalista en su *proceso de acumulación*, en una vertiginosa dinámica desatada durante los últimos cuarenta años.

En palabras del profesor Armando Córdova, se trata de una "tendencia hacia la progresiva homogeneización de los patrones culturales, tecnológicos, productivos, financieros, de consumo y del modo de vida de las sociedades en todo el mundo. Este proceso conduciría a la plena integración planetaria, en un *nuevo orden económico internacional* que fue concebido como *el fin de la historia*"(1).

De manera que para precisar el alcance de este proceso debemos referirnos a una *globalización capitalista neoliberal unipolar* que busca eliminar todos los obstáculos hasta ahora existentes para garantizar la actuación plena del gran *capital transnacional*, a los fines de asegurar la colocación de sus productos, aprovechando unas economías de escala que lo hacen más competitivo en los mercados internacionales.

(1) Cordova, Armando. Problemas por resolver del proceso de la globalización de la economía mundial, en *Globalización y mercado de capitales*, pág. 44. Caracas, 2001. BCV.

Ya Lenin había caracterizado al *imperialismo* como una *fase superior del capitalismo*, a partir de los siguientes elementos:

- *Concentración monopolística* de la producción, para atender la demanda agregada interna y los mercados internacionales.
- Exportación de capitales, dando nacimiento a las *empresas multinacionales*.
- Asunción del *capital financiero* en la conducción de los procesos de acumulación.
- Reparto de los mercados internacionales entre las multinacionales y potencias *hegemónicas del sistema capitalista*.

Esta compleja dinámica económica provocó una muy aguda confrontación, convirtiéndose en el desencadenante de las dos *guerras mundiales* del siglo XX, como expresiones militares de esa disputa.

A partir de la postguerra, asistimos a un proceso acelerado de *transnacionalización* de ese capital monopolístico, como expresión inequívoca de una *corporatocracia*, que requiere cada vez menos del soporte de los *Estados-nación* para alcanzar sus intereses económicos.

Dicha expansión se produce fundamentalmente a partir del surgimiento de las irracionales *sociedades de consumo*, las cuales acortaron radicalmente los ritmos de los ciclos económicos, otorgándole así la dinámica que necesitaba el capital para tales fines. El correlato de este modelo a nivel productivo es la *obsolescencia programada*, que disminuye significativamente la *vida útil* de los bienes producidos, lo cual encaja perfectamente en esa “lógica” consumista.

Simultáneamente, fue ocurriendo el desplazamiento del sector industrial por el gran *capital financiero*, que ahora comanda unas *relaciones económicas internacionales* estructuradas a partir de la imposición del dólar como la divisa que monopoliza sus dinámicas transaccionales, tanto en los flujos reales como en los monetarios.

Sin embargo, se presenta una situación que atentaba contra ese proceso expansivo:

- Más de un tercio de la población mundial vivía en los países del bloque socialista, lo cual limita la penetración de las transnacionales en esos mercados.
- Los sistemas socioeconómicos imperantes en el mundo capitalista, configurados en torno al *Estado del Bienestar*, hacían que a algunas necesidades básicas no se les diera tratamiento de mercancías, sino que eran asumidas por el Estado en su función social.



A mediados de la década de los años 70, se produjo el agotamiento del modelo keynesiano/socialdemócrata, siendo desplazado por una doctrina neoliberal que va a desmontar todo el andamiaje perturbador del metabolismo del capital, impulsado por los gobiernos de Margaret Thatcher (Reino Unido) y Ronald Reagan (EE.UU.), creando las condiciones para iniciar un acelerado proceso de desregulación y liberalización comercial y financiera internacional. Adicionalmente, en América Latina se conjugaron los aspectos económicos estructurales mencionados a continuación, dando lugar a la aplicación de las ortodoxas medidas de ajustes macroeconómicos impuestas por el FMI, las cuales se engranaron perfectamente con lo que estaba ocurriendo en el primer mundo:

- Endeudamiento externo, como estrategia de los centros financieros internacionales para colocar los inmensos recursos generados por los petrodólares, que no podían destinarlos a los países desarrollados debido a la estanflación que estaban padeciendo
- Deterioro progresivo de los términos de intercambio en el comercio internacional.
- Déficits fiscales crónicos, devaluaciones cambiarias y altos niveles de inflación
- Fuga masiva de capitales, estructural evasión tributaria e insuficiente magnitud del ahorro interno para financiar los planes de desarrollo.
- Inaccesibilidad a los mercados financieros internacionales, sin el aval condicionado del FMI, como consecuencia de la crisis de la deuda externa.

La estocada definitiva para el surgimiento de la *globalización* fue la estrepitosa e inesperada caída del bloque socialista, a comienzos de la década de los años 90, de manera que esos países se fueron incorporando a un sistema capitalista que ahora sí operaría a escala mundial. El caso de China fue muy particular, ya que aun manteniendo las banderas del socialismo, en el ámbito económico asumió un agresivo modelo de *reforma y apertura* hacia el *libre mercado*.

A partir de ese momento, cuando el camino quedaba aparentemente despejado, irrumpe con fuerza el carácter hegemónico-unipolar de una *globalización* que domina el mundo a través de sus distintos mecanismos e instancias internacionales (FMI, OMC, G-7), caracterizada por la desproporcionada relevancia del *capital financiero* dentro del funcionamiento del sistema económico, bajo una dinámica esencialmente *especulativa* y cada vez más desacoplada de los sectores reales, operando bajo la "lógica" de un improductivo *capitalismo de casino*, donde las *burbujas* generadas por la voracidad de sus rapaces capitales *golondrinas* y *fondos buitres* en los mercados bursátiles provocan todo tipo de distorsiones, volatilidades e inestabilidades.

Esta situación generó un progresivo y deliberado proceso de *desindustrialización* relativa en las economías de los países centrales, llegando incluso a desvincularse la noción de desarrollo con la de industrialización.

Sin embargo, esta *financiarización* de la economía mundial se ha convertido en el origen de crisis financieras recurrentes durante las últimas décadas, algunas de las cuales han desembocado en profundas e inestables recesiones económicas, con fuertes repercusiones internacionales.



Así, este proceso de *globalización* se posiciona a través de los siguientes aspectos:

- En lo político, a través del modelo de la democracia *liberal occidental*, en sus distintas variantes.

- En lo económico, mediante la imposición de la doctrina del *libre mercado*, bajo un *orden mundial* que permita las mejores condiciones para garantizar la *maximización de la tasa de ganancia* del capital transnacional.

- En lo socio/cultural, bajo la imposición del paradigma de la *civilización occidental*, de acuerdo con los valores consagrados en el *modo de vida americano*, profundizándose un proceso de *transculturización* a través de los alienantes medios de comunicación y las muy penetrantes redes sociales.

- En lo tecnológico, a través del desarrollo de la electrónica, la nanotecnología y las TIC, como herramientas para garantizar la integración e *interconexión* de los mercados reales y financieros a nivel mundial y a *tiempo real*, provocando a su vez una progresiva y acelerada *desmaterialización* de la economía, con distintas modalidades *virtuales* consolidándose de forma irreversible; así como la profundización de la brecha tecnológica entre los países desarrollados y subdesarrollados.

Efectivamente, este desarrollo tecnológico ha repercutido en el surgimiento de la *economía digital*, al abarcar todos los ámbitos productivo-comerciales y monetario-financieros, teniendo un especial impacto en el mercado laboral, con la cada vez mayor *automatización* y *robotización* de las actividades económicas, incluyendo el llamado *teletrabajo*.

Esto es así debido a que el elemento medular de la economía, desde finales del siglo XVIII hasta la actualidad, ha sido la cada vez más agresiva profundización del *desarrollo científico y tecnológico* aplicado a los procesos económicos, incrementando la productividad y eficiencia del capital en su obsesión acumulativa.

Otro de los rasgos característicos de la *globalización* es la constitución de unas *cadena globales* de valor dirigidas por las corporaciones transnacionales, producto de la *fragmentación* y *deslocalización* internacional de los procesos productivos, donde los intercambios realizados en sus distintos eslabones permiten la incorporación de las materias primas y fuentes de energía en la producción de bienes de capital, intermedios y de consumo final.

De hecho, las transnacionales controlan más de dos tercios del comercio mundial, de los cuales más de la mitad corresponde a intercambios entre las casas matrices con sus respectivas filiales, los cuales no responden a una relación de mercado competitivo, sino que se practican a *precios de transferencia*, ocurriendo la producción en aquellos países donde existan las mejores condiciones de rentabilidad económica, en función de criterios como los costos laborales, acceso a materias primas, cargas impositivas, disponibilidad y calidad de infraestructuras y servicios básicos, proximidad de los mercados, etc.

Incluso, los países que antes eran meros proveedores de materias primas pudieran ahora dedicarse a la producción de algunos bienes manufacturados, mientras que los desarrollados se concentrarían en las tecnologías avanzadas, los servicios especializados y las inversiones financieras especulativas.

No obstante lo anterior, esa hegemonía occidental está siendo desafiada por un nuevo centro en franco y pujante desarrollo, a partir del surgimiento de China como nueva potencia económica mundial, producto de un extraordinario e ininterrumpido crecimiento durante los últimos 40 años, apuntalado inicialmente por sus sectores industriales y, más recientemente, por los tecnológicos y financieros; desplazando a las principales economías capitalistas desarrolladas y colocándose (por ahora) a la saga de EE.UU., que se ha propuesto frenarlo en sus pretensiones de continuar avanzando.

Esta situación ha desatado una permanente pugnacidad *geoeconómica* de enormes magnitudes entre ambas potencias, la cual trasciende el alcance de las convencionales *guerras comerciales*, pues abarca también los aspectos productivos, tecnológicos, monetarios y financieros; convirtiéndose en una amenaza real a la estabilidad de la economía internacional.

Es necesario destacar que China es uno de los principales acreedores financieros de EE.UU., a través de la adquisición de miles de millones de dólares en títulos de deuda pública emitidos por ese Gobierno. Asimismo, son numerosas las grandes potencias que poseen unos niveles de endeudamiento superiores al tamaño de sus economías (PIB). Sin embargo, los análisis realizados por las empresas *calificadoras de riesgo* no dan cuenta, de una manera objetiva y consistente, de las realidades macroeconómicas existentes en distintos países, que tienen impactos contrarios en los mercados secundarios de las deudas soberanas, siempre en detrimento de los subdesarrollados.

En cualquier caso, el empuje indetenible de China, y su alianza contrahegemónica con Rusia y otras economías emergentes, hace prever que estamos a las puertas de un nuevo orden *económico mundial multipolar*, caracterizado fundamentalmente por la confrontación entre corrientes *globalistas y antiglobalistas*, donde el centro de gravedad *geoeconómico* se estaría trasladando desde los países desarrollados *occidentales* hacia la zona euroasiática.

Este escenario se ha venido ampliando con la creación de los *BRICS*, conformado por las principales economías emergentes de cuatro continentes (excluida Oceanía), así como con la ejecución del megaproyecto chino de alcance mundial denominado *El Cinturón y Ruta para la Cooperación Internacional*.

Igualmente, se han venido desarrollando iniciativas de varios países para impulsar un progresivo proceso de *desdolarización* de las relaciones económicas internacionales, utilizando las monedas locales de los países involucrados en las distintas transacciones comerciales. Asimismo, se está promoviendo el retorno de los patrones de respaldos de las divisas que allí concurren, intentando con ello desmontar el cada vez más inaceptable esquema estructurado a partir de los *acuerdos de Bretton Woods*, y fortalecido a partir del año 1973, que impuso la hegemonía del *petrodólar fiduciario* en el sistema monetario internacional.

Finalmente, especial atención merece la aparición y proliferación de *criptomonedas*, las cuales tendencialmente amenazan con sustituir las divisas que tradicionalmente han predominado en la economía mundial. China ha anunciado la intención de emitir su *yuan digital*, así como el *petroyuan*, a los fines de tranzar sus importaciones en este tipo de monedas y no en dólares.

Tratándose del principal país importador de petróleo y con una de las mayores balanzas comerciales superavitarias del mundo, esta decisión tendría un enorme impacto en los mercados energéticos, comerciales y financieros, más aún cuando el yuan ya fue incorporado oficialmente en la cesta de monedas de reserva internacional del FMI, mientras que (junto a Rusia) está diseñando la creación de un sistema de pagos internacional alternativo al SWIFT controlado por EE.UU.

Todos estos fenómenos no son sino manifestaciones de la crisis orgánica de un sistema capitalista en franca decadencia, caracterizado por grandes contradicciones que, a su vez, se convierten en una oportunidad estelar para trazar las estrategias que nos permitan planificar su transición histórica.



Ante la globalización, ¿qué hacer?

Franklin González

*Para que la globalización sea positiva,
ha de serlo para pobres y ricos por igual.
Tiene que aportar el mismo grado
de derechos que de riquezas.
Tiene que suministrar el mismo grado
de justicia y equidad social
que de prosperidad económica
y de buenas comunicaciones.*

Kofi Annan

A propósito de los efectos búmeran, dominó y mariposa, que están en pleno desarrollo en el mundo, como consecuencia particularmente de la guerra que se libra en Ucrania, se levantan las voces del positivismo, de lo que Robert Cox llamaría las tesis de “resolución de problemas”, hablando de la “desglobalización”, que sería otra forma de reformato del capitalismo como modo de producción.

Es evidente que en el mundo que transcurre, la *globalización* es un “fenómeno” que tiene sus impulsores-defensores. Son los países fuertes, los que se imponen por encima del derecho, la ley, las normas y las ideologías. También está toda la estructura institucional sobre la cual se erige.

La *globalización*, por tanto, no es nada nuevo ni desconocido; es más bien un hecho —es histórico—, es una realidad —el “MacMundo” en pleno auge— y es una ideología —la desigualdad y exclusión de los más como elemento implícito—.

¿Por qué la globalización es un hecho?

Saber cuándo se inició este proceso es aún hoy

en día objeto de disputa. Por ejemplo, para Marx se inició en el siglo XV con el nombre de *capitalismo moderno*. Wallerstein lo ubica también en el siglo XV con la conformación del sistema mundial capitalista. Anthony Giddens considera que arrancó en el siglo XVIII con la modernización, otros dicen que nació entre 1870-1920 y hay quienes sostienen que comenzó con el final del conflicto este-oeste y lo denominan *civilización global*.

En todo caso, diríamos que la *globalización* es un hecho por cuanto prácticamente desde 1648, con la paz de Westfalia, que puso fin a la fase alemana de la guerra de los treinta años, se aceptó, por primera vez, el principio de la soberanía territorial en los asuntos interestatales. Según Giovanni Arrighi, la *globalización* ha sido de hecho “una tendencia recurrente del capitalismo mundial desde el inicio de los tiempos modernos”. Todo dentro de lo que Fernand Braudel llamaría los “ciclos sistémicos de acumulación”, donde un líder —país, potencia— ha dominado en el proceso de acumulación y posteriormente es desplazado gradualmente de las alturas del mando del capitalismo mundial por un emergente nuevo liderazgo. Así pasó con Gran Bretaña entre el final del siglo XIX y el comienzo del XX; de Holanda en el siglo XVIII; de la diáspora capitalista genovesa en la segunda mitad del siglo XVI y hoy se habla, con mucha insistencia, de la “trampa de Tucídides” donde dos potencias, China y Rusia, están compitiendo con mucha fuerza contra Estados Unidos por la hegemonía del mundo.





¿Por qué la globalización es una realidad?

Es una realidad por cuanto, según Ulrich Beck, se ha venido abajo una premisa esencial de la primera modernización, a saber, la idea de vivir y actuar en los espacios cerrados y recíprocamente delimitados de los Estados nacionales y de sus respectivas sociedades nacionales.

Globalización significa integración del comercio, las finanzas y la información, cuya más conspicua manifestación la constituye hoy por hoy la red de la autopista, esto es, internet y las redes sociales. *Globalización* significa creación de una cultura y un mercado global únicos. Nos encontramos en lo que algunos llamarían “un tren sin frenos”.

Como diría Peter Druker: “Los movimientos internacionales de capitales más que los movimientos internacionales de bienes se han convertido en el motor de la economía mundial”. O en palabras de Richard Sennett, sería el capitalismo volátil, esto es, la autonomía alcanzada por el sistema financiero mundial respecto a instancias nacionales y estatales.

En el fondo, la globalización, sobre todo la económica y cultural “pretende convertir al mundo en un gran centro comercial donde todos terminemos usando *blue jeans*, comiendo McDonald’s y tomando Coca-Cola”.

Pero la *globalización*, sobre todo, significa hoy ‘corporatocracia’, esto es, la gobernanza (el gobierno de las grandes corporaciones) y ello por encima de la gobernación (el gobierno del Estado y de los políticos).

Hoy existe un lenguaje, por las redes sociales,

que es mundial (los emoticonos), trasciende los idiomas y permite la comunicación por caras, figuras, signos e íconos.

¿Por qué la globalización es una ideología?

Como se sabe, el capitalismo no puede expandirse en un desarrollo armonioso y uniforme en todo el mundo. Más bien lo hace en permanente contradicción entre la ley del valor y el afán de lucro. Una de esas contradicciones es la ley del desarrollo desigual bajo el capitalismo, que significa que a unas economías nacionales en competencia les va mejor que a otras. Y cuando las cosas se ponen feas, los fuertes se devoran a los débiles. Según Carlos Marx, “los capitalistas son como hermanos hostiles que se reparten el botín del trabajo ajeno”.

La *globalización* es una ideología porque, aunque se vende como única para todas las naciones del mundo, no obstante, en su desarrollo lleva implícita la desigualdad. Los países más industrializados asumen este proceso como algo natural e inevitable para el resto del concierto de países, exigen apertura total, pero a la hora de defender sus intereses nacionales, en cualquier terreno, acuden a prácticas proteccionistas.

La globalización produce efectos negativos en muchos campos de la vida societal, por ejemplo en los recursos naturales, en el medio ambiente, en la distribución de los ingresos entre los países más industrializados y el resto del mundo, en el acceso de estas últimas naciones a la tecnología de punta y en la concentración de la población, todo lo cual son expresiones de que la igualdad en el campo internacional sigue siendo una utopía.



La globalización de la economía ha profundizado las desigualdades y la exclusión, reforzada por el mercado generalizado, por la libertad absoluta, el avance tecnológico, por el individualismo y el consumismo. El progreso económico, una de las banderas del proceso globalizador, lleva como sustrato esta exclusión y con ello igualmente la violencia; ambas surgen de la crisis y de la dificultad de ascender socialmente, pero básicamente del sentimiento de injusticia, del no reconocimiento y de la discriminación, lo cual provoca la fragmentación cultural y social que contribuye a la globalización de la violencia.

¿Qué hacer ante la globalización?

En la lucha contra la globalización se pueden encontrar tres etapas o momentos.

Primer momento: la negación. Negar la globalización, como fenómeno y como realidad.

Segundo momento: los alterglobalizadores, los que combaten la globalización y arremeten contra sus símbolos. Por ejemplo, los ataques a locales de McDonald's o Wendy's. En este caso solo observan, diría Immanuel Kant, el "fenómeno" pero no el "noúmeno".

Tercer momento: la alternativa ante la globalización. En esta etapa nos encontramos. Es el momento de la creatividad y sobre todo de la construcción de un proyecto alternativo y revolucionario. Sería la discusión entre la "calidad de vida" y el "vivir bien", por ejemplo. Aquí se levanta la tesis del derecho insurgente, de la otredad y de la alteridad.

Ruptura con el pasado

Nelson Rodríguez A.

Halloween es más que tocar el timbre de la puerta de una casa y recibir, a cambio, un puñado de caramelos. Son miles de millones de dólares los que están en juego para satisfacer una fantasía en gran parte del planeta.

NRA

Romper las ataduras con el pasado pareciera ser uno de los propósitos de la modernidad. En los días previos al 31 de octubre y el 2 de noviembre de cada año, el mundo se cunde de máscaras e imágenes que simulan el traje de la muerte. Un espectáculo fantasmagórico en honor a lo desconocido; prácticamente, una fiesta de carnaval, ocupa las vitrinas y estanterías de los almacenes y establecimientos comerciales que terminan siendo, finalmente, los grandes beneficiarios mediante la venta de tales objetos. Los parques, jardines y zonas vegetales de las urbanizaciones tienen sus lugares reservados para las calabazas. Sin ellas, las fiestas de Halloween parecerían escasas de uno de sus símbolos característicos. No hay Halloween sin calabazas ni máscaras de brujas ni calaveras.

Esta costumbre conocida hoy como *Halloween* (víspera del Día de Todos los Santos) se inscribe en la cultura celta, por lo cual es de muy vieja data. Los celtas vivían en tribus cuya fortaleza tenía que ver con el dominio de una misma lengua. Eran grupos tribales que preferían estar aislados y en círculos dispersos como su existencia misma. Los celtas poseyeron una trashumancia un tanto indefinida, hasta que — por allá— 1200 años antes de Cristo se les ubica por toda Europa, momentos en los que el Imperio romano, bajo cierto dominio, les proporcionó

asentamientos estables en esos territorios; luego les correspondió dicha tarea a los germánicos (visigodos, francos, burgundios, vándalos, etc.). Eran expertos en orfebrería y se destacaban, además, por sus hermosos trabajos en bronce. Poseían una sólida cultura, aun cuando usaban pantalones en sus labores cotidianas; sin embargo, al concurrir a una batalla, preferían hacerlo desnudos. Profesaban el politeísmo como creencia religiosa. Así como los celtas percibieron de la cultura europea determinadas enseñanzas e influencias —también— ellos fueron portadores de un bagaje cultural de marcada solidez que en la medida en que las sociedades han evolucionado les han estampado algunas modificaciones, como ha ocurrido con el tema que nos ocupa: el Halloween.

El Halloween es una fiesta pagana algo parecida al ritual mexicano referido al Día de los Muertos, pero obviamente son distintos. El primero tiene sus metas en el comercio de exportación estadounidenses, y tal vez vino a América en los equipajes enmohecidos de ese enjambre cultural de ingleses, irlandeses, españoles, franceses y hasta chinos, entre otros, que se trasladaron a estas tierras motivados por la fiebre del oro y otros atractivos fundacionales, cuyas noticias recorrían el mundo en el siglo XVIII. Y en la modernidad se hizo presente como una botija de dólares que venía oculta en la memoria colectiva de muchos europeos, de esos que saben hacer dinero en el país de las oportunidades. Mientras que el segundo, el caso mexicano, obedeció a otros fines y valores espirituales mucho más sensibles, culturales, religiosos e íntimos, apegados a la naturalidad.



Ambas festividades tienen lugar a finales de octubre, el día 31, y a comienzos de noviembre, los días 1 y 2. También ambos se relacionen con las almas de los muertos.

El Halloween probablemente conserve muy poco de la fiesta de los celtas, que de acuerdo con referencias de la historia y la antropología se concretaba a la celebración de la llegada del invierno: se recogían las cosechas y se mantenían a fiel resguardo ciertos animales que se sacrificaban como parte de las festividades para completar los banquetes, e incluso elegían nuevos reyes y aplicaban justicia a responsables de detestables crímenes.

Y la festividad de los mexicanos, que también se relaciona con la muerte, de alguna manera en sus comienzos se le vinculó con las cosechas. Estas celebraciones se centran mucho más en el tema del alma y reencuentros espirituales con familiares cercanos muertos. Se trata de rituales mucho más íntimos imbricados exclusivamente con creencias primitivas de inusitada pureza. Al comenzar la ceremonia, los familiares dan la bienvenida a las almas de sus seres queridos muertos. Disfrutan de comidas y bebidas que eran predilección en vida de sus ahora difuntos. Sin el comercio que observamos en Halloween. Por eso afirmamos en líneas anteriores que se trataba de dos cosas distintas, aun cuando parecidas en algunos aspectos de sus finalidades: darle vida en sus mentes a los muertos.

Los mexicanos celosos de la conservación, preservación y defensa de su cultura, probablemente hayan sido tentados a comercializar esta parte de sus sentimientos,

pero han tenido en ello freno por parte de sus intelectuales y organismos del Estado responsables del sector cultural. En México, en medio del jolgorio, los niños suelen pedir como regalo una "calaverita", y dulces. Pero no se exceden de allí. Y ojalá sea así. Porque la penetración cultural (el *soft power*) por parte de las potencias que rigen el comercio global resulta imparable a pesar de la fuerza de los valores culturales que se imponen en los pueblos para defender sus idiosincrasias.

Los volúmenes de dinero que se mueven alrededor de Halloween son por demás desproporcionados. Imagínese usted: 2200 millones de dólares para caramelos, tarjetas y regalos, presupuestaron los comerciantes desde los Estados Unidos de América. Una razón para que la fiesta no se detenga; al contrario, se propaga por doquier.

Por eso, Halloween es más que tocar el timbre de la puerta de una casa y recibir, a cambio, un puñado de caramelos. Son miles de millones de dólares que están en juego para satisfacer una fantasía en gran parte del planeta. Claro, resulta muy fácil para cualquier inescrupuloso aprovecharse de la pureza de un niño para conminarlo a pedir caramelos por Halloween, cuyo significado por supuesto desconoce.

Es preciso tomar un poco de tiempo para explicar a los niños el significado histórico-cultural del ritual celta para despedir el solsticio de verano y dar la bienvenida al solsticio de invierno, y cómo opera este exabrupto de penetración y deformación cultural que sutilmente nos hace llegar el *Tío Sam*.



La solidaridad y cooperación constituyen el fundamento ético que, junto al principio de la igualdad, conforman la arquitectura del sistema internacional multipolar que se abre paso en nuestro tiempo.

Bien lo dice el siguiente proverbio africano:

"La mano que da está siempre arriba de la mano que recibe".



amerikalatinayelkaribe@gmail.com